

Freud (1914-1919-1923)/ Jakobson (1956)/ Lévi-Strauss (1958)

AMAYA ORTIZ DE ZÁRATE
Universidad Complutense de Madrid

Freud (1914-1919-1923) /Jakobson (1956) /Lévi-Strauss (1958)

Abstract

On the basis of the well known Freudian case *The Wolf Man*, in this paper the author traces the drift toward the structuralism that the psychoanalytic theory embarked on by incorporating the linguistic and ethnologic approach by, respectively, Jakobson and Lévi-Strauss. Lacan is known to establish a link between the language principles as stated by Jakobson and the mechanisms of condensation and displacement as described by Freud as the foundations for oneiric elaboration. Then, the author shows how the theoretical and technique approaches that Freud used in the aforementioned case are ahead of the subsequent definition of the unconscious by Lévi-Strauss as the implementation of the symbolic function, as well as ahead of the subsequent discovery by Lévi-Strauss of the founding role that the universal myth of the culture origin plays in human subjectivity.

Key words: Unconscious. Language principles. Symbolic function. Original story. Universal myth

Resumen

A partir del célebre caso de Sigmund Freud, *El Hombre de los Lobos*, intentamos trazar el recorrido que hacia el estructuralismo realizará el discurso psicoanalítico mediante la incorporación de la lingüística de Jakobson y la antropología de Claude Lévi-Strauss. Es bien conocido que Lacan estableció el vínculo entre las leyes del lenguaje de Jakobson y las operaciones de la condensación y el desplazamiento descritas por Freud como fundamentos de la elaboración onírica. Trataremos de mostrar, además, en sentido inverso, cómo el abordaje teórico y técnico de Freud en este historial enlaza directamente con la posterior definición de Lévi-Strauss del inconsciente como ejercicio de la función simbólica, así como del papel fundador que en la subjetividad humana ejercería un mito universal que constituye el origen de la cultura.

Palabras clave: Inconsciente. Leyes del lenguaje. Función simbólica. Relato originario. Mito universal.

El Hombre de los Lobos

El Hombre de los lobos es el último de los grandes casos clínicos de Freud, escrito en sucesión inmediata al caso Schreber y retomado previamente a la escritura que marca el comienzo de la segunda tópica en 1920 con *Más allá del Principio del Placer*.

Aunque Freud lo presenta como análisis fragmentario de una neurosis infantil, se trata en realidad del caso de un joven de 23 años que acude a su consulta gravemente enfermo, en 1910, para realizar con él un tratamiento hasta 1914, fecha de comienzo de la primera gran contienda del siglo veinte.

El paciente aportaba un diagnóstico de psicosis maníaco depresiva realizado por alguna de las eminentes figuras de la psiquiatría de su tiempo (quizá Kraepelin, a quien consultó en Munich); pero Freud lo cuestiona.

Aunque últimamente ha vivido ingresado en diferentes sanatorios debido a una casi total falta de autonomía, Freud confía en que saldrá adelante, diagnosticándole una grave neurosis obsesiva y declarando que no puede observar signo alguno de depresión en su paciente.

El diagnóstico encajaba perfectamente, en cambio, aplicado a su padre, quien sufrió repetidos internamientos y en opinión de Freud padecía un cuadro evidentemente depresivo.

De los 8 a los 18 años el *hombre de los lobos* había permanecido lo suficientemente libre de problemas como para finalizar sus estudios secundarios. Sin embargo, había padecido una grave afección neurótica en la infancia que comenzó a los tres años y medio con una neurosis de angustia (3,5) que se transformó un año después en una neurosis religiosa (4,5) para mejorar ostensiblemente a partir de los ocho años (8) y desaparecer casi por completo a los diez (10).

Aunque la aparente remisión espontánea no supondrá, en opinión de Freud, la cura definitiva de su paciente, que vuelve a sentirse incapacitado al cumplir los 18 años.

Al análisis de la primitiva fobia infantil dedica Freud la exposición del caso.

El historial completo, terriblemente complejo, permanece pues inédito. Sabemos por Strachey que cinco años más tarde Freud realizó una segunda cura con el paciente de apenas cuatro meses –entre noviembre de 1919 y febrero de 1920– en la que orientó el trabajo a la solución de la transferencia, pendiente en parte debido al abrupto final del tratamiento.

Seis años más tarde, en 1926, el *hombre de los lobos* solicitó nuevamente tratamiento, según informa Jones, biógrafo de Freud, debido al impacto que la noticia de la enfermedad de su analista causó a su paciente. Pero esta vez Freud no está en disposición de atenderle y le remite a la doctora Ruth Mack Brunswick, quien acomete un segundo análisis en el breve espacio de cinco meses –entre octubre de 1926 y febrero de 1927, continuado dos años más tarde y retomado en diferentes ocasiones durante los diez años siguientes– hasta 1940. En esta ocasión, la doctora Brunswick informa de trastornos delirantes en el *hombre de los lobos*.

Las últimas noticias del caso serán aportadas por la psicoanalista americana Muriel Gardiner, quien mantuvo estrecha relación y correspondencia con el *hombre de los lobos*, elaborando para la Asociación Psicoanalítica de Filadelfia una comunicación con nuevos datos en 1952.

Se trata por tanto de uno de los casos clínicos mejor documentados de la historia del psicoanálisis, lo que no le impide ser, al mismo tiempo, el más enigmático.

El Tiempo

En lugar de humor depresivo, Freud observa en su paciente una notable indiferencia; en primer lugar hacia su propia enfermedad, contra la que no lucha. Con su temor a saber, el paciente pone a prueba la regla de oro del análisis: permanecer indiferente al tiempo tanto como sea posible.

El analista, dice Freud, renuncia a todo logro terapéutico inmediato en favor del avance del propio curso del análisis.

Sin embargo, en este caso especial Freud se afirma en la regla invirtiéndola con un golpe de efecto. Que el funcionamiento del aparato conceptual de Freud es eminentemente estructural –*avant la lettre*, sin saberlo, como dirá más tarde de sí mismo el propio Lévi-Strauss– se muestra ejemplarmente en la singular operación con la que renueva la técnica para adecuarla a la singularidad del caso.

Freud toma un elemento fundamental a la estructura del deseo –la resistencia al tiempo debida a la existencia de un objeto siempre anterior– y establece un límite a su disolución.

En la misma operación, Freud impone la ley a su paciente al tiempo que introduce la condición necesaria a todo relato, un punto final; la conciencia de la duración funda la secuencia, y la posibilidad de su repetición, la temporalidad. Su anuncio desencadena la aparición del material esencial al relato.

Que será relato en tanto establezca relación con un mito originario que Freud introduce como una suerte de prótesis simbólica en el pasado de su paciente. En una operación ejemplar de *bricolage*, término con el que Lévi-Strauss denominará el *modus operandi* de las operaciones simbólicas. El relato crea un espacio, una bóveda sostenible en el presente por la renuncia en el seno de la relación transferencial –que se introduce como cuenta atrás.

Quizá como nunca en este caso la acción se adelanta a la idea –aún inconsciente– y Freud *hace* lo que dice.

Pone con ello también sobre la mesa la paradójica relación entre la vida y la muerte, entre el tiempo y el origen, cuya dialéctica alentará *Más allá del Principio del Placer*.

Pues si el tiempo introduce eficazmente una dirección al relato, su causalidad irreversible, su avance inevitable conducirá al agotamiento y la muerte, haciendo finalmente necesaria una nueva creación, un nuevo origen; lo que para Mircea Eliade constituye el elemento común a toda religiosidad –al menos la procedente de los babilonios a los hebreos:

“La renovación cósmica alentaba asimismo la esperanza en una recuperación de la beatitud de los comienzos. La imagen del “Año-Círculo” está llena de un simbolismo cósmico-vital ambivalente, a la vez “pesimista” y “optimista” (Mircea Eliade, *Aspects du Mithe*, p. 57).

Fundación Mítica

Como efecto de esta operación fundante, a cuyo riesgo Freud no permanece en modo alguno ajeno, aparecerá rápidamente el material necesario para completar el historial, lo que permitirá la solución del caso.

Para ello será preciso elaborar un buen relato y Freud recrea su sentido en torno al mito originario.

Como efecto de la innovación técnica se producirá un enorme salto teórico que hará dudar al mismo Freud del alcance de lo que está descubriendo.

Estructura familiar y mito originario

Freud comienza atendiendo la estructura familiar de su paciente, localizando en ella su versión particular del mito.

Sus padres se casaron jóvenes y fueron felices hasta que su madre comenzó a padecer una infección abdominal al tiempo que su padre mostraba los primeros síntomas de una grave depresión que iba a alejarlo periódicamente del hogar familiar.

Sin embargo, el paciente no parece consciente de las ausencias y la enfermedad paterna y sí, en cambio, de la dolencia materna, por cuya causa lamenta no haber recibido mayores atenciones.

Como es preceptivo en todo análisis de estructura, lo que aparece en la superficie –la enfermedad de la madre– no es lo esencial; está determinado por lo que permanece inconsciente y, por tanto, no aparece.

En todo caso, el paciente parece actuar bajo el influjo de una identificación manifiesta con la madre, mimetizando sus propias quejas y trastornos.

También respecto a su hermana, dos años mayor, desarrolla una dependencia notable. Dos figuras femeninas de referencia, por tanto, que se repiten respecto de las niñeras, de las cuales la primera, Gruscha, habría sido muy querida por el niño, importancia que se trasladaría luego a una segunda campesina, ya anciana, cuyo hijo había muerto a una edad temprana.

Habría sido esta segunda tata, al parecer, la encargada de transmitir al niño el mito en su versión familiar; su sentido aparece sin dificultad como negación, y no como simbolización, de la escena originaria.

Según este mito dual, ofrecido al niño en el momento del inicio del conflicto edípico que señala la irrupción de la estructura narrativa, los dos hermanos procedían cada uno de uno de sus progenitores, en una

suerte de partogénesis; su hermana descendía únicamente de su madre, y él de su padre.

El número dos sigue siendo importante en la historia del paciente respecto a las dos fincas que marcan su infancia, correspondiendo cada una a los periodos estival e invernal. Cuando el paciente cumple cinco años sus padres venden las dos fincas y se trasladan a la ciudad, pérdida que marca el final de la infancia.

La neurosis de angustia había comenzado antes, sin embargo; el verano en que el niño tenía tres años y medio, debiendo entenderse más bien como respuesta al inicio del conflicto edípico que a su fin, en los varones en torno a los cinco años.

No se trata por tanto de una consecuencia de la renuncia al objeto materno, sino de otra causa.

Neurosis de Angustia y cambio de carácter

Según el relato familiar, el carácter dócil del niño, más parecido al de una niña, cambió el verano en que tenía tres años y medio.

En aquella ocasión los padres no llevaron consigo a su hermana, y quedaron ambos al cuidado de tres mujeres: la abuela, la anciana chacha, y una institutriz inglesa. La abuela achacó luego el cambio de carácter del niño, que se volvió irritable, a la discordia entre la institutriz y la niñera.

La versión del paciente, en cambio, señala el hecho posterior de no haber recibido, en la navidad en la que cumplía cuatro años, dos regalos con ocasión de la nochebuena, día de su cumpleaños.

Recuerda asimismo haber estado en la primera finca, de la que salieron cuando cumplió los cinco –un año más tarde. A este último año está pues asociada la intensa fobia al lobo y el inicio de la neurosis religiosa.

Neurosis obsesiva

Finalmente, la angustia y la fobia al lobo se resuelven en una neurosis obsesiva de carácter religioso; el pequeño desarrolla complicados rituales

antes de dormir para evitar las terribles pesadillas que no cesan de atormentarle incluso después de cumplidos cinco años.

Al mismo tiempo ha de luchar con pensamientos blasfemos que se presentan a su mente como sugeridos por el demonio y que le obligan a insultar a Dios llamándole cochino y basura.

En presencia de mendigos debe evitar respirar –y más concretamente, espirar– para evitar convertirse él mismo en lo que aquellos son: enfermos de los que es preciso apartarse; como quizá le ha sucedido a su padre, internado y desposeído de todo.

Si bien la iniciación religiosa emprendida por su madre parece permitir un relato con el que superar la angustia de devoración –representación tanto de la desaparición física en el interior de la madre como de la ausencia de una identidad psíquica diferenciada–, la simbolización de la escena del encuentro sexual entre los padres no se ha producido y su representación continúa siendo una escena de incorporación por el otro primordial.

La dignidad del padre, bajo el rostro de Dios o de mendigo, es constantemente cuestionada, lo que remite a la desaparición del padre; y no tanto a su desaparición física como a su ausencia en el relato familiar, transmitido por las mujeres de la casa.

En todo caso, la presencia temible de la madre para el niño destaca sobre el fondo de esa desaparición.

Seducción femenina

Precisamente durante una de esas ausencias tiene lugar la seducción protagonizada por la hermana.

Es primavera y la madre permanece en la habitación contigua a esta otra en la que los hermanos juegan.

La hermana juega con el miembro del niño y al mismo tiempo le cuenta, como para justificarse, que su niñera hace eso mismo con todo el mundo; por ejemplo, con el jardinero, a quien cuelga boca abajo para tocar sus genitales.

Esta es, en opinión de Freud, la verdadera causa del cambio de carácter del niño: la cólera que la posición pasiva a la que le relega el juego de su hermana produce en él, que queda seducido a su merced.

El papel pasivo otorgado por su hermana podrá sin embargo transformarse en activo una vez transferidos sobre la antipática institutriz inglesa el enfado y la rabia.

De nuevo Freud avanza mediante la suposición de la existencia de una estructura reversible: una escena inconsciente con dos posibles posiciones. En ausencia del padre, tercero y límite absoluto en la escena, lo que se produce es la inevitable inversión de los papeles.

Muerte de la hermana

Narra Freud a continuación el destino de esta hermana dos años mayor que su paciente, inteligente y perversa. Cuando completó su desarrollo no podía tomar en serio a ninguno de sus pretendientes, de los que solía burlarse.

Al cumplir 20 años, coincidiendo con el retorno de la enfermedad de su hermano, se aisló socialmente mostrando algunos signos de depresión. A la vuelta de un viaje con una amiga de la familia se quejó de haber sufrido su maltrato, lo que no le permitió, sin embargo, distanciarse de ella.

Poco tiempo después de este episodio realizó un segundo viaje en cuyo transcurso se envenenó, muriendo lejos de su casa. En opinión de Freud el dramático hecho respondería en realidad a la irrupción en la joven de una demencia precoz –una psicosis.

Su hermano reaccionó con indiferencia a su muerte, o más bien con cierta satisfacción consciente por el hecho de verse promocionado a la condición de único heredero.

Pocos meses después realizó un viaje a la ciudad en la que su hermana había muerto; buscó en el cementerio la tumba de un gran poeta ruso y lloró amargamente. Extrañado él mismo por su conducta, recordó entonces que su padre comparaba a veces las poesías de su hermana con las de aquel poeta (Pushkin, según Strachey).

Metáfora y Metonimia

Los dos tipos de trastorno de lenguaje típicos de la afasia de semejanza o contigüidad, pueden servir también, según Jakobson, para caracterizar “estilos” en la utilización de la estructura lingüística propios de los distintos tipos de productos artísticos –mediante el montaje en el cine o la utilización preferente de metáforas o metonimias, como por ejemplo en el simbolismo y el cubismo.

Y así como distintos estilos artísticos pueden ser clasificados en función de las dos operaciones básicas del lenguaje simbólico, también pueden caracterizarse distintos tipos de “estilos” creativos en las personas, según predominen en sus producciones metáforas o metonimias.

Siguiendo a Bateson, el propio Jakobson se ve inclinado a analizar las producciones del psicótico en función de la estructura del lenguaje.

Si la indagación da resultado, el criterio podría servir para caracterizar las estructuras psíquicas, cuya comprensión y descripción teórica resulta de importancia capital para la clínica.

Aunque es un hecho que metáfora y metonimia se encuentran íntimamente ligadas hasta el punto de resultar inseparables en el ejercicio de la función simbólica, Jakobson demuestra que esta complementariedad se rompe en la afasia, como sucede quizá también en las psicosis, donde todo parece indicar que tampoco se produce.

Aplicando el criterio a la anterior asociación que la hermana de *el hombre de los lobos* establece con el poeta ruso Pushkin, podemos observar la dominancia de un nexo metonímico, en el que la transacción del significado se produce, en efecto, menos por semejanza que por contigüidad.

Un nexo por contigüidad espacial: el lugar que la hermana del *hombre de los lobos* elige para morir es la misma ciudad en la que murió el poeta admirado por el padre –de haber sido Pushkin, se trataría de San Petersburgo.

Si, como apunta Freud, se trataba en realidad de la irrupción de una psicosis, se manifestaría como la dificultad para establecer un nexo metafórico que permitiera, en la relación con el padre, algún tipo de negación, es decir, de pérdida de atributos por parte del sujeto –pérdida equivalen-

te a la inscripción simbólica de la muerte– que permitiera la renovación del sentido.

Lo que subyace en todo caso, más que una operación simbólica, es una ecuación de identidad que sustituye un significante por otro en lugar de transformarlo mediante la confrontación con otro, que en parte lo suspende o niega, y que lo transforma colocándolo en un contexto diferente al habitual.

Según el razonamiento anterior, la hermana no habría encontrado la estructura de semejanza en la que situar ciertos rasgos poéticos de su propia producción y la de Pushkin, el célebre poeta ruso amado por su padre. En lugar de ello, se habría colocado directamente ella misma en el lugar del objeto amado por el padre –o aún más, quizá en una operación de identificación plena, de reducción a la unidad, en el lugar mismo del padre.

El *hombre de los lobos*, a su vez, llorará la muerte de su hermana mediante una serie de operaciones de desplazamiento. Sintiendo en primer lugar alegría en lugar de dolor o tristeza por la pérdida. La inversión es una de las formas habituales del desplazamiento, tal y como Freud señala en *La interpretación de los sueños*.

Invierte además el sentido de la pérdida en ganancia. Y llora la muerte del poeta en lugar de llorar la de su hermana.

La pérdida de la dimensión metafórica, como en las afasias, dejaría por último a la metonimia reducida a una mera cadena de identificaciones –incluso entre los opuestos, que no se niegan– donde nada puede ser simbolizado o transformado. Ningún objeto cambia. Pero donde nada se pierde, nada puede transformarse realmente.

La llave de la solución de este caso consistirá, como veremos, en la restitución por parte de Freud del significante que está en el origen de la cadena a partir del famoso sueño de los lobos.

Posición pasiva

Como consecuencia de la escena de seducción pasiva con la hermana, continúa Freud, su paciente habría realizado un intento de seducción activa con la tata.

En la transformación del fin pasivo por el activo se trataría de un intento de simbolización de la escena mediante la inversión del sujeto y el objeto de la acción.

Sin embargo, la operación no habría obtenido el éxito deseado, y el *hombre de los lobos* permanecerá fijado al fin pasivo que marcará su sexualidad adulta.

La niñera, que no acogió el juego de buena gana, habría amenazado al niño de recibir en su miembro una "herida". Aunque el niño no pareció en principio afectado, los ataques de cólera comenzaron poco después y, en opinión de Freud, parte de la cólera que recayó sobre la institutriz tenía su origen en esta escena con la tata –asociada a su vez con la previa seducción de la hermana.

Freud reconstruye entonces la cadena de los desplazamientos metonímicos del objeto de la cólera infantil de su paciente: hermana - niñera - institutriz.

En todos los casos, la consolidación del fin pasivo está determinada por la dificultad para inscribir simbólicamente la castración femenina.

El fin pasivo coincidirá, además, en el *hombre de los lobos*, con una regresión desde la posición fálica –activa– a una posición sádico anal que le permite actuar de forma cruel y pasiva al mismo tiempo.

Puede también así superar la fobia al lobo, que podría representar en parte una figura primordial anterior a la diferencia sexual; un gran animal que se come a los pequeños y cuyo vientre devuelve luego con vida en un encadenamiento perpetuo de engendramiento y devoración.

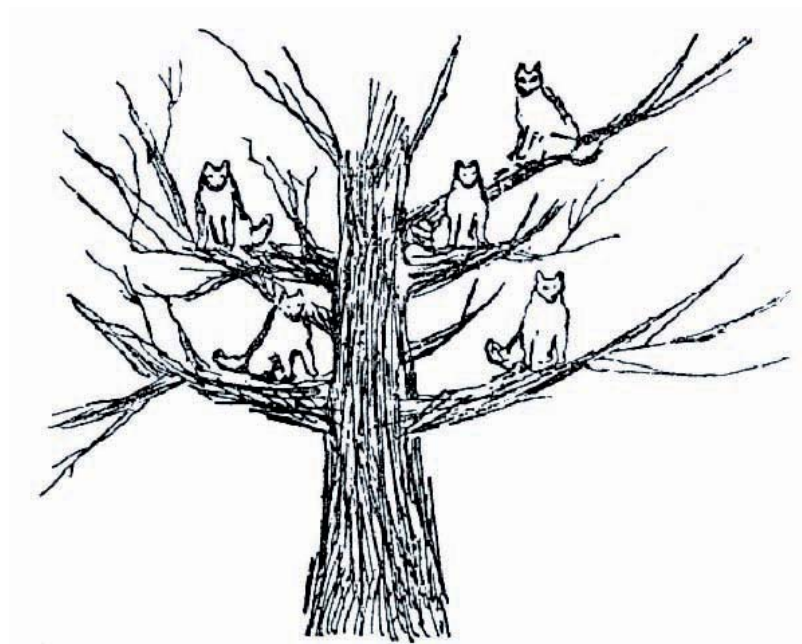
Sueño de los Lobos

La alteración del carácter del *hombre de los lobos* cuando contaba tres años y medio se vio precipitada por un sueño –o quizá sería mejor decir una pesadilla, incluso una pesadilla en plena vigilia, es decir, una alucinación– que le produjo enorme angustia.

El sueño había sido descrito ya en 1913, en "Sueños con temas de cuentos infantiles":

«Soñé que era de noche y **estaba acostado** en mi cama (mi cama tenía **los pies hacia la ventana**, a través de la cual se veía una hilera de viejos nogales. Sé que cuando tuve este sueño era **una noche de invierno**). **De pronto, se abre sola la ventana**, y **veo**, con gran sobresalto, que **en las ramas del grueso nogal** que se alza ante la ventana hay encaramados unos cuantos **lobos blancos**. Eran **seis o siete**, totalmente **blancos**, y parecían más bien zorros o perros de ganado, pues tenían **grandes colas** como los zorros y **enderezaban las orejas** como los perros cuando ventean algo. Presa de horrible **miedo**, sin duda de **ser comido** por los lobos, **empecé a gritar... y desperté**. Mi niñera acudió para ver lo que me pasaba, y tardé largo rato en convencerme de que sólo había sido un sueño: tan clara y precisamente había visto abrirse la ventana y a los lobos posados en el árbol. Por fin me tranquilicé sintiéndome como salvado de un peligro, y volví a dormirme».

El paciente realizó un dibujo para ilustrarlo.



El paciente dice entonces que el lobo con el que le asustaba su hermana debía pertenecer al cuento *Caperucita Roja*.

El color blanco de los lobos queda asociado a los rebaños de ovejas que por aquella época sucumbieron en gran número a pesar de los esfuerzos de su padre por contener la epidemia.

La ubicación de los lobos sobre el árbol correspondería con toda probabilidad al siguiente cuento narrado por su abuelo, *El sastre y el lobo rabón*:

Un sastre estaba trabajando en su cuarto, cuando se abrió de pronto la ventana y entró por ella un lobo. **El sastre le golpeó con la vara de medir... O mejor dicho** –rectifica en el acto el paciente–, **le cogió por la cola y se la arrancó de un tirón**, logrando así que el lobo huyese asustado. Días después, cuando el sastre paseaba por el bosque, vio venir hacia él una manada de lobos y tuvo que subirse a un árbol para librarse de ellos. Los lobos se quedaron al principio sin saber qué hacer; pero aquel a quien el sastre había arrancado la cola, deseoso de vengarse de él, propuso a los demás que se subieran unos encima de otros hasta que el último alcanzase al sitiado, ofreciéndose él mismo a servir de base y de sostén a los demás. Los lobos siguieron su consejo; pero **el sastre, que había reconocido a su mutilado visitante**, gritó de pronto: «¡Cogedle de la cola!», y **el lobo rabón se asustó** tanto al recuerdo de su desgraciada aventura, que **echó a correr e hizo caer a los demás**.

Pero el número de los lobos, seis ó siete, no puede pertenecer, según observa Freud, más que al cuento infantil, *El lobo y los siete cabritos*. Así como también –habría que añadir– el color blanco, ya que el lobo se embadurna en harina para camuflarse bajo el color de la madre.

Aunque el paciente había narrado este sueño al comienzo del tratamiento, sólo al final fue posible interpretarlo –o viceversa: su interpretación supone la solución del tratamiento.

La emergencia del material sólo tuvo lugar después de que Freud hubiera introducido, en la relación con su paciente, un límite temporal.

La Psicosis en relación con la Escena Primordial

En el capítulo VII del caso, “El erotismo anal y el complejo de castración”, explora Freud la relación entre el erotismo anal de su paciente y la escena primordial que ha derivado como origen del sueño. Reconoce entonces un fondo homosexual a su posición femenina en relación al padre

“En la asociación obsesiva «Dios-heces» se fundía la antigua significación de regalo, negativamente rebajada, con la significación de niño, posteriormente desarrollada en ella. En la última queda expresada una ternura femenina, una disposición a renunciar a su virilidad, a cambio de poder ser amado como una mujer. Esto es

precisamente aquel impulso hostil a Dios, expresado con palabras inequívocas en el sistema delirante del paranoico Schreber." (*El erotismo anal y el complejo de castración*. BN: pp. 1987)

Freud vincula inmediatamente la ideación obsesiva de su paciente y el sistema delirante de Schreber, célebre paranoico, el análisis de cuyo caso acaba de publicar, de modo que en ambos se trataría de la dificultad para representar simbólicamente la castración femenina; requisito indispensable, habría que añadir, para que la posición masculina pudiera dibujarse.

La ausencia de representación de lo femenino, el imperio de un objeto femenino fálico, anterior a la castración, haría en último término imposible hasta la virilidad de Dios.

Cuando más adelante exponamos las últimas soluciones de los síntomas de nuestro paciente, quedará demostrado nuevamente cómo sus trastornos intestinales se habían puesto al servicio de la corriente homosexual y habían expresado su actitud femenina con respecto al padre.

...El excremento, el niño y el pene forman así una unidad, un concepto inconsciente -sitvenia verbo-: el del 'pequeño' separable del cuerpo. Por estos caminos de enlace pueden desarrollarse desplazamientos e intensificaciones de la carga de libido, muy importantes para la Patología, y que el análisis descubre. (Cap. VII *El erotismo anal y el complejo de castración*. BN: pp. 1987)

Todo conduce pues a la representación y posible aceptación de la castración a partir de la escena primaria, origen de la diferencia sexual y verdadero núcleo traumático de experiencia en la última teoría freudiana, cuya elaboración, espoleada por el enigma de la psicosis, aquí empieza.

Pero si se trata del momento de experimentar la caída de la identificación imaginaria, y por tanto de un auténtico encuentro con lo real implícito para siempre en el encuentro con el sexo, se hace patente la necesidad de introducir ahí un mito originario que sostenga al ser en ese trance, dando cuenta del origen de lo que está en juego: un sujeto del inconsciente, sustento de la función simbólica y del deseo sexual.

El relato debiera comenzar por narrar el cataclismo. Y sin embargo, Freud parece argumentar en torno a la imposibilidad de su paciente para simbolizar la castración y, por tanto, para acceder a una auténtica inscripción inconsciente de su identidad sexual.

La posición inicial de nuestro paciente ante el problema de la castración nos es ya conocida. La rechazó y permaneció en el punto de vista del comercio por el ano. Al decir que la rechazó nos referimos a que **no quiso saber nada de ella en el sentido de la represión**. Tal actitud no suponía juicio alguno sobre su existencia, pero **equivalía a hacerla inexistente**. Ahora bien: esta posición no pudo ser la definitiva, ni siquiera durante los años de su neurosis infantil. Más tarde hallamos, en efecto, pruebas de que el sujeto llegó a reconocer la castración como un hecho. También en este punto hubo de conducirse conforme a aquel rasgo, característico de su personalidad, que tan difícil nos hace la exposición de su caso. **Se había resistido al principio y había cedido luego; pero ninguna de estas reacciones había suprimido la otra, y al final coexistían en él dos corrientes antitéticas, una de las cuales rechazaba la castración, en tanto que la otra estaba dispuesta a admitirla, consolándose con la feminidad como compensación. Y también la tercera, la más antigua y profunda, que se había limitado a rechazar la castración sin emitir juicio alguno sobre su realidad, podía ser activada todavía.** (Cap. VII *El erotismo anal y el complejo de castración*. BN: pp. 1987)

De modo que Freud parece estar exponiendo aquí como dominante el mecanismo de la desmentida, considerado más tarde –en *El fetichismo*, 1927– el mecanismo esencial de la estructura perversa, es decir, el rasgo diferencial de la tercera estructura –la última en diferenciarse, tras las psicosis, a partir de la primitiva teoría de las neurosis.

El primer mecanismo descrito, la negativa a hacerse cargo de la castración haciendo inexistente un dato de experiencia, será considerado por Freud el más grave, y caracterizado en *El fetichismo* como propiamente psicótico en caso de mantenerse más allá de la infancia.

Bajo la denominación de renegación o recusación, Lacan señalará esta operación como definitiva de la estructura psicótica por oposición a la operación de la represión de la estructura neurótica.

Pero Freud continúa manteniendo que su paciente no se detiene en esta primera reacción infantil y avanza hacia otra posición en la que el mecanismo fundamental parece evidentemente perverso: dos corrientes antitéticas; una afirma y otra niega simultáneamente, ya que la negación es aquí al mismo tiempo reconocimiento de lo que se niega.

Mecanismo estructural que sirve para explicar cómo el *hombre de los lobos* puede disfrutar de cierta satisfacción erótica en posición pasiva, es decir, identificado de algún modo a la madre fálica.

Porque no se trata propiamente de una identificación del joven paciente a la posición femenina; la identificación actuaba sobre un fondo de negación que podía ser activado como la más antigua y profunda verdad en relación a la castración para el paciente.

Y a favor de la tesis de la negación de la castración como verdad más profunda, aparecen a continuación dos *recuerdos* que seguramente sean propiamente delirios. El paciente mismo reconoce que a los cinco años padeció una alucinación en la que efectuaba un corte en la corteza de un árbol que sangraba por la herida. Una experiencia de la castración delirante, en lugar de una simbolización de la castración.

La falta de precisión en el dato o la duda misma respecto a si se trata de la mano izquierda o derecha –femenina y masculina respectivamente– apuntaría al hecho de que no existe en realidad ninguna diferencia.

De este mismo paciente he relatado en otro lugar (1361 'Fausse Reconnaissance (Déjà Raconté), en el Psicoanálisis') una **alucinación** que tuvo a los cinco años, y a la que añadiré aquí un breve comentario: «Teniendo cinco años jugaba en el jardín, al lado de mi niñera, tallando con una navajita en la corteza de uno de aquellos nogales, que desempeñaban también un papel en mi sueño (1362 'El material de cuentos infantiles en los sueños'. Rectificación en un relato posterior: «No; no tallaba con la navajita en el árbol. Este detalle pertenece a otro recuerdo, **falseado también por una alucinación**, y según la cual, una vez que hice un corte con el cortaplumas en un árbol, brotó sangre de la hendidura»). De pronto observé, con terrible sobresalto, que **me había cortado el dedo meñique de la mano** (¿derecha o izquierda?) de tal manera, que sólo permanecía sujeto por la piel. **No sentía dolor** ninguno, pero sí un **miedo terrible**. No me atreví a decir nada a la niñera, que estaba a pocos pasos de mí, me desplomé en el banco más próximo y permanecí sentado, **incapaz de mirarme el dedo**. Por último, me tranquilicé, me miré el dedo y vi que **no tenía en él herida alguna**.» (Cap. VII *El erotismo anal y el complejo de castración*. BN: pp. 1987-88)

La mezcla misma de recuerdos muestra la falta de diferencia entre infligir la castración o la herida a un árbol y herirse él mismo. No existe diferenciación suficiente que permita localizar la castración en la madre –y en la serie completa: hermana, niñera, institutriz– sin que el corte termine alcanzándole a él mismo.

Del mismo modo la ausencia de dolor junto a la presencia terrorífica del miedo apuntaría a la negativa misma a aceptar la castración como un hecho físico, material, denotando en cambio un manejo metonímico por parte del sujeto en el que un desplazamiento incesante de la diferencia no admite falta.

Pegan a un niño

En apoyo de esta idea puede citarse un artículo cinco años posterior a la primera redacción, pero coincidente con la primera revisión de este caso, –“Pegan a un niño” de 1919– en el que Freud especula con la idea de que la represión de un componente sexual sádico prematuramente independiente y activo pueda constituir la causa de la predisposición a la neurosis obsesiva.

Esta hipótesis, definitivamente transformada con la introducción en 1920 de la pulsión de muerte como energía originaria, se ve cuestionada en este apasionante ensayo un año anterior, en el que se pone en duda la correspondencia de la precocidad del componente sádico con la elección de neurosis.

De los 6 casos en los que está basado el estudio sobre la fantasía sádica de “Pegan a un niño” –cuatro mujeres y dos varones–, uno correspondía a una neurosis obsesiva gravísima, otro a una neurosis obsesiva menos grave, un tercer caso apenas mostraba rasgo alguno de este tipo de neurosis, mientras el resto pertenecía a categorías menos graves de neurosis¹.

1 Un cuarto caso era claramente una neurosis histérica, y el quinto una simple psicastenia, es decir, un caso de indecisión ante la vida.

La fantasía de “Pegan a un niño” es interpretada por Freud como parte relativamente normal del desarrollo de la fantasía femenina que representa la escena sexual edípica en términos de una fantasía anterior que satisfacía la rivalidad con algún hermanito.

De este modo, la idea “el padre me ama”, de contenido edípico y genital, adoptaría una forma de representación regresiva en ese “El padre me pega (yo soy pegado por el padre)”.

Podría tener en parte un contenido masoquista que diera satisfacción a la culpabilidad por el deseo hacia el padre, pero sobre todo, argumenta Freud, sería la sustitución regresiva de la fantasía, que retrotrae la excitación libidinosa del contenido genital conflictivo para procurar una satisfacción onanista.

Y sin embargo, observa Freud, ésta es ya la esencia del masoquismo.

Característica fundamental de la fantasía esencial –“yo soy pegada por el padre”–, además de su carácter inconsciente.

La escena esencial es inconsciente en todos los casos, excepto en uno.

Dice Freud:

“No puedo indicar por qué en uno de mis seis casos (uno masculino) era [la escena] recordada conscientemente”.

Fantasia perversa

Freud considera que la fantasía en cuestión ha de ser considerada un signo primario de perversión –en el sentido de pre-genital que Freud concede al término en la edad infantil.

Uno de los componentes de la función sexual –el componente sádico– se habría desarrollado prematuramente, independizándose del desarrollo normal de la libido y quedando fijado quizá a un suceso infantil.

Las fantasías de flagelación pertenecían al final del periodo comprendido entre los 2 y los 4 ó 5 años o eran incluso posteriores. Dado que este es el período en el que se muestran los factores congénitos, Freud se muestra inclinado a conceder a tales fantasías una vida anterior, es decir, una prehistoria.

El análisis revela lo correcto de la hipótesis, ya que las fantasías de flagelación tienen una historia harto complicada.

Freud prefiere, además, limitarse a la exposición de los cuatro casos femeninos porque le parece que las fantasías de flagelación de los varones enlazan con otro tema que no quiere abordar en el presente trabajo.

Las fantasías de flagelación en las mujeres le parecen, por otro lado, un suceso típico, nada raro, correspondiente a una época infantil muy temprana.

Primera fase: El padre pega a un niño

En el análisis de esta fantasía en las niñas, Freud concluye que no tiene un carácter propiamente sádico ni masoquista. Se trata siempre, eso sí, del padre de la niña. La fantasía podría expresarse con la proposición: **El padre pega a un niño –odiado por mí.**

Podríamos pensar que se trata de una fantasía fálica en la que el padre impone la castración a un pequeño rival, “un niño”, en el que no se ha inscrito todavía la diferencia sexual: no es todavía niño o niña, sino sólo “un niño”.

Segunda fase: Yo soy golpeada por mi padre

En la segunda fase la fantasía tiene indudable carácter masoquista: es ya la niña la golpeada por el padre. Se trata sin duda de una fantasía edípica de contenido sexual en la que ha aparecido la diferencia; se trata de una niña que sueña.

Que sueña, porque la fantasía en esta segunda fase permanece inconsciente y no puede en ningún caso ser recordada.

Es la fantasía más importante de todas, y Freud va más allá: no sólo no ha sido recordada jamás sino que no puede acceder a la conciencia.

Constituye por eso una necesidad del análisis reconstruir tal escena cuya importancia capital, así como su necesaria inconsciencia, apuntan a su relación con la escena primaria.

Tercera Fase: Pegan a un niño

En la tercera fase la fantasía adopta una forma semejante a la primera. La persona que pega ya no es nunca el padre, aparece más bien como un subrogado paterno –ha tenido efecto la represión, que muestra en el desplazamiento y la condensación su eficacia.

De modo que **las operaciones simbólicas aparecerían con posterioridad a la escena inconsciente asociada a la escena primaria.**

El sujeto mismo no aparece ya en la fantasía. Los sujetos pegados son predominantemente niños sin que puedan ser identificados individualmente. La flagelación puede ser sustituida por otro tipo de castigo físico o psíquico, como humillaciones de distinto tipo.

La fantasía porta ahora una gran carga de excitación que procura inequívocamente una satisfacción onanista.

Freud no oculta que la sucesión de las tres fantasías y su mutua relación continúa resultando incomprensible.

¿Por qué en uno de los casos la fantasía de la segunda fase es consciente?

A Freud le causa cierto estupor que uno de sus pacientes, un hombre *ya en plena madurez hubiera conservado con toda claridad en la conciencia el recuerdo de haber utilizado para fines onanistas la representación de ser pegado por su madre.*

Freud ensaya una explicación por la vía de una solución menos defensiva. Quizá, argumenta, la represión esté determinada en el caso de las niñas por una culpabilidad mayor causada por la fantasía masoquista –como mayor es su conciencia de dicha posición.

En el caso de los niños, por el contrario, podría ser suficiente una ocultación menor: la sustitución de actividad por pasividad y del padre por la madre en lo que constituiría una doble inversión.

En los varones la culpabilidad eludiría la represión, sustituida por un mecanismo de regresión. También podría entenderse a la inversa: la utilización de mecanismos más primitivos excluiría la represión.

Pero a Freud no le satisface una explicación que no de cuenta del hecho de que el caso del varón no sea el menos grave, cuestionando incluso el hecho de que la satisfacción sustentada por su fantasía hubiera sido propiamente genital.

La Escena inconsciente

Ahora bien, *¿qué determina que la fantasía inconsciente permanezca consciente en el caso del varón adulto que sufría, seguramente, una gravísima neurosis obsesiva?*

Podría decirse que no ha tenido lugar la fundación del mecanismo defensivo característico de la neurosis, es decir, la represión primaria.

Quizá por ello Freud enlaza la fantasía de flagelación en los varones y un tipo de susceptibilidad propia de la manía de litigar paranoica.

Niega de hecho que los dos varones que presentaban fantasías de flagelación fueran perversos, y concluye más bien que su masoquismo correspondía a una actitud *femenina*.

Freud encuentra una solución para evitar concluir que el sujeto cuya fantasía primaria era consciente había de ser por fuerza un psicótico.

La única posibilidad sería que dicha fantasía, cuyo contenido era ser golpeado por la madre, fuera en realidad secundaria a una fantasía primaria anterior, de la que daría cuenta la proposición *Yo soy amado por mi padre*. Es decir, **lo primario sería una escena inconsciente de contenido homosexual**, en la que el paciente se coloca en la posición del objeto amado, transformada por regresión en una escena perversa pero consciente.

La opción de Freud será postular la existencia en su paciente de una escena primaria reprimida en la que la representación de la relación sexual no termina de inscribir la diferencia, ya que **el sujeto se coloca como primer eslabón de una cadena de desmentida, por medio de desplazamientos sucesivos, de la castración.**

Interpretación del Sueño: Escena Primordial

En su interpretación del sueño guía a Freud el análisis de tres elementos: **la inmovilidad de los lobos, su intensa mirada, así como la sensación de intenso verismo que invadió al paciente.**

Empezando por esta última sensación, Freud señala que su significado revela que el material latente del sueño aspira a ser recordado como real, ya que el sueño se refiere a un suceso realmente acaecido y no simplemente fantaseado.

El sueño sería por tanto elaboración de una **escena real**, desconocida y anterior a los tres o cuatro años, edad del soñante.

La posición de los lobos en el árbol tendría relación a su vez con el temor a la castración que latía en el cuento del abuelo. El sueño trataría, pues, de la castración en relación a un suceso real, el acto de mirar fijamente, y algo terrible relacionado con el padre.

Según informa Freud fue el mismo sujeto quien espontáneamente continuó la interpretación del sueño: el hecho de que la ventana se abriera sola debía significar en realidad que él mismo era quien abría de repente los ojos.

Lo cual quería decir que estando dormido había despertado de pronto y había visto algo que le había asustado: el árbol con los lobos.

La mirada fija de los lobos debía atribuirse al propio soñante –“ser visto” significaba “ver”.

La segunda inversión tenía que ver con la posición de los lobos, encaramados al árbol, lugar al que precisamente no podían subir en el cuento del abuelo.

El tercer elemento invertido sería la inmovilidad, que debía corresponder a la representación de un intenso movimiento.

Tres habrían sido por tanto las inversiones operadas: sujeto por objeto, actividad por pasividad (ser mirado en lugar de mirar, ser despertado, en lugar de despertar) y, finalmente, inmovilidad en lugar de movimiento. El sueño trabaja pues en la misma dirección, la que convierte al sujeto en objeto.

Freud utiliza ya en el caso Schreber un método estructuralista que interpreta el delirio como producto de la negación de cada elemento sintáctico de un enunciado que nunca aparece, pero puede ser deducido a partir de las proposiciones que produce. Lo que no puede ser representado genera sistemáticamente la fenomenología del delirio.

En la interpretación del sueño de los lobos Freud postula un mecanismo de negación más leve –puesto que no genera el delirio psicótico– en el que primaría el desplazamiento o la inversión –incluso la sinécdoque: la parte por el todo– sobre la metáfora, que requiere el sustento de un sujeto del deseo que asuma la experiencia de la semejanza.

El sujeto asoció también el árbol de su sueño con el árbol de navidad en el que pocos días después encontraría sus dos regalos. De algún modo los regalos deseados –objetos para el niño– se convierten en lobos en su sueño –sujetos de la acción.

Freud introduce entonces la escena primaria como experiencia real vivida por el sujeto; escena que ha de ser necesariamente inconsciente. Y lo hace a partir de los restos del naufragio del sueño del *hombre de los lobos*, su pesadilla.

La expectación de los regalos debió ser el motivo, argumenta Freud, por el cual se reactivó la huella mnémica de una escena anterior olvidada en la que su padre procuraba a alguien satisfacción sexual.

El miedo-terror procedería, en su opinión, del cumplimiento de su deseo de recibir en posición pasiva el *castigo* o la *satisfacción* procedentes del padre.

Este deseo debió activar la imagen del coito entre sus padres, realizado en circunstancias que favorecieron su observación. El niño debía tener año y medio, ya que la escena habría sucedido en verano y él había nacido en nochebuena. Padeció por entonces unas fiebres palúdicas, motivo por el cual los padres le habrían introducido en su alcoba. Dormía pues en su camita y despertó, quizá debido a la subida de la fiebre, en torno a las cinco de la tarde –puesto que son cinco los lobos dibujados. Como confirmación adicional, Freud aporta el dato de que a partir de los 10 años el sujeto padeció en distintas temporadas accesos depresivos que comenzaban a primera hora de la tarde y alcanzaban su clímax precisamente a las cinco.

Fantasía consciente/Escena inconsciente

Más allá de la probabilidad de que semejante experiencia vivida estuviera generando en su paciente una escena en la que él ocupaba el lugar de la madre, quizá no sea descabellado pensar que el *hombre de los lobos* pudo haber sido –como sugiere González Requena en “Del fantasma a la Escena Primordial”– el gravísimo caso de neurosis obsesiva referido por Freud en “Pegan a un niño”, cuya fantasía de flagelación, debiendo haber permanecido inconsciente, aparecía en la conciencia.

Una fantasía de flagelación de contenido sexual y finalidad onanista en la que el sujeto puede adoptar la posición pasiva frente a una madre de atributos fálicos.

Tanto si el deseo inconsciente era, según la explicación ofrecida por Freud en "Pegan a un niño", el de ser azotado por el padre, como si no existía escena inconsciente alguna, la escena primaria ofrecida por Freud como construcción necesaria consigue anudar todos los síntomas de la neurosis obsesiva de su paciente y, más aún, situar un sujeto del deseo anclado en el espacio y el tiempo a partir del cual empezar a tramar el relato.

Como al mismo Freud no se le escapa, la escena primaria que ofrece al *hombre de los lobos* tiene más de prótesis simbólica que de recuerdo recobrado.

Ser Devorado

En la construcción que Freud devuelve a su paciente, cuando el niño de año y medio despertó debió observar el coito entre sus padres, realizado "a tergo" tres veces, lo que le permitió observar los genitales de ambos.

El niño habría comprendido muy bien el significado de lo que veía a pesar de su corta edad.

Pero lo que la pesadilla revela es que el sujeto que sueña no ha alcanzado la simbolización suficiente de la diferencia sexual, y por tanto su representación en una escena primaria, que impida que el hecho de ver desaparecer los genitales de su padre en el interior de su madre, no signifique, sencillamente, que en el lance el padre es devorado por ella.

La escena primaria constituye en realidad un hecho –imposible de "ver" o recordar– en el que tiene lugar la castración materna. Lo que será posible recobrar como fantasía a partir de ella, será siempre una reconstrucción que tiene como punto de partida la experiencia absoluta de la angustia.

El sueño del *hombre de los lobos*, si tal fue el suceso y no una alucinación o una simple imagen hipnagógica, sería desde este punto de vista el intento de elaboración simbólica de tal escena; aunque algo debió fallar a juzgar por el fracaso de la función simbólica que revela la angustia de la pesadilla que detiene el sueño.

Por lo que respecta a los rasgos de estructura que la elaboración del sueño desvela, el padre no consigue quedar definitivamente arriba, es

decir, encaramado al árbol, por oposición al lobo, que debería permanecer abajo.

Como en algunos cuentos infantiles, los lobos estarían aquí más próximos a la representación de una madre primitiva, devoradora y fálica, que a la amenaza castradora del padre.

Sutura Simbólica

El éxito del tratamiento del *hombre de los lobos* radica por eso en la introducción por parte de Freud, en primer lugar, de un límite temporal a la relación transferencial, además de una representación simbólica de la escena primaria que inscribiría la castración materna, y por tanto la diferencia sexual necesaria para sostener en su paciente la actividad sexual adulta.

Quizá el lector extrañe menos un enunciado tan radical en un caso de neurosis obsesiva si recordamos la forma en la que Freud se refiere a la operación con la que su paciente enfrenta la castración con cinco años:

La posición inicial de nuestro paciente ante el problema de la castración nos es ya conocida. La rechazó y permaneció en el punto de vista del comercio por el ano. Al decir que la rechazó nos referimos a que **no quiso saber nada de ella en el sentido de la represión**. Tal actitud **no suponía juicio alguno** sobre su existencia, pero **equivalía a hacerla inexistente**. (Cap. VII *El erotismo anal y el complejo de castración*. BN: pp. 1987)

Finalmente, en opinión de Freud coexistían en el sujeto dos corrientes antitéticas: una la rechazaba y otra estaba dispuesta a admitirla consolándose con la *feminidad* como compensación.

Pero, ¿era propiamente la feminidad o la identificación con una madre pre-edípica, una figura femenina de la que todo procede y a la que todo retorna?

La sutura simbólica necesaria al *hombre de los lobos* para inscribir la castración materna y sobrevivir a ella, sólo puede ser obra del relato, un mito originario que Freud le ofrece como elaboración onírica de una real escena primaria.

¿Escena Real o elaboración simbólica?

Freud mismo aborda en el epígrafe V del caso la discusión sobre la realidad o no de la necesaria escena y sobre la utilidad de introducir su elaboración simbólica si lo fuera.

Y concluye que no habría diferencia alguna hasta el final del tratamiento, momento en el que habría que aclarar si todo el edificio se ha construido sobre una fantasía o sobre una experiencia realmente vivida.

Sin embargo, la técnica no experimentará variación alguna. Más aún, Freud supone que **la escena primaria ha de ser necesariamente una construcción del trabajo analítico a partir de experiencias que por definición son inconscientes y no pueden ser recordadas.**

¿Debería tener entonces algún estatuto de verdad? En efecto si, como Freud ha hecho desde el principio, aceptamos como verdadero el sentido del sueño. Ya que todo el material analítico converge sobre la Escena; sueños, recuerdos y fantasías. En definitiva, **todo el sentido en la historia del paciente gravita en torno a la Escena Primaria:**

“... todos los efectos emanan de ella como a ella han llevado todos los hilos del análisis, tal escena no podría ser, en cuanto a su contenido, más que la reproducción de una realidad vivida por el niño”.

El asunto de la realidad o no de la escena se resolverá finalmente con un *non liquet* –no claro– con el que se pospone la discriminación entre la realidad de la experiencia de la escena como vivida, su reconstrucción a partir de la observación de otras escenas animales, o incluso la existencia de una escena tal “a priori”, como vestigio mnémico de la especie.

Lugar del Mito

Finalmente, Freud concluye que no existiría diferencia entre optar por la realidad o la fantasía de la escena que él ha ofrecido a su paciente como la elaboración de un recuerdo, ya que la Escena Primaria habría de ser forzosamente un material heredado, una herencia filogénica de la especie, sin que ello excluya su adquisición por experiencia personal.

Opta de nuevo aquí, como ya hiciera en 1887, por la opción más general, **una ley universal operando por encima de la peripecia personal.**

Mediante la primera operación superó la teoría traumática de las neurosis y atisbó el carácter universal de la fantasía edípica. Mediante la segunda otorga al relato edípico el estatuto de mito originario universal.

.. pasaremos a otra cuestión que ya examinamos en nuestras *Leciones introductorias al psicoanálisis*. Quisiéramos saber si la escena primaria fue una fantasía o una vivencia real; pero el ejemplo de otros casos análogos nos muestra que, en último término, no es nada importante tal decisión. Las escenas de observación del coito entre los padres, de seducción en la infancia y de amenazas de castración son, indudablemente, un patrimonio heredado, una herencia filogénica, pero pueden constituir también una propiedad adquirida por vivencia personal.

Es evidente para Freud que la introducción de dicha escena como estructura inconsciente en su paciente, en el punto de arranque del sueño de la infancia, constituye la pieza clave de su curación.

Considerando la conducta del niño de cuatro años ante la escena primaria reactivada (Nota 1374 Podemos prescindir de que tal conducta sólo veinte años después pudiera ser concretada en palabra, pues todos los efectos que derivamos de la escena hubieron de exteriorizarse ya en la infancia y mucho tiempo antes del análisis en forma de síntomas, obsesiones, etc. En cuanto a este punto es indiferente considerar la escena como una escena primaria o tan sólo como una fantasía primaria.) y recordando las reacciones mucho más simples del niño de año y medio, al presenciar dicha escena, no podemos rechazar la hipótesis de la actuación de una especie de conocimiento previo, difícilmente determinable, semejante a una preparación a la comprensión.

Freud se muestra inclinado finalmente a considerar la posibilidad de la universalidad del mito por la vía de su carácter instintivo, patrimonial. Pero va más allá al postular que esa escena originaria, universal en tanto patrimonio instintivo de la especie es, ni más ni menos, el núcleo del inconsciente, su centro, en torno al cual se desplegaría toda la actividad psíquica posterior.

Es totalmente imposible imaginar en qué puede consistir este factor, y lo único que podemos hacer es compararlo al más amplio conocimiento instintivo de los animales. Si en el hombre existiera también un tal patrimonio instintivo, no tendríamos por qué asombrarnos de que se refiera especialmente a los procesos de la vida sexual, aunque claro está que no habría de limitarse a ellos. Este elemento instintivo sería el nódulo de lo inconsciente, una actividad mental primitiva destronada y sustituida por la razón humana posteriormente adquirida; pero que conservaría muchas veces, y quizá en todos los casos, el poder de rebajar hasta su nivel procesos anímicos más elevados.

Mito Universal

En un movimiento magistral de superación de la tópica freudiana, Lévy Strauss definirá el inconsciente como lugar vacío, tan extraño a las imágenes que lo atraviesan como consistente sólo en la estructura del mito que es su origen. Una estructura –siempre la misma– que trabaja sobre imágenes, representaciones que no adquieren sentido si no es en relación a un relato inconsciente.

El inconsciente, por el contrario, es siempre vacío o, más exactamente, es tan extraño a las imágenes como lo es el estómago a los alimentos que lo atraviesan. Órgano de una función específica, se limita a imponer leyes estructurales a elementos inarticulados que vienen de otra parte –y esto agota su realidad–: pulsiones, emociones, representaciones, recuerdos. Se podría decir, entonces, que el subconsciente es el léxico individual en el que cada uno de nosotros acumula el vocabulario de su historia personal, pero este vocabulario solamente adquiere significación –para nosotros mismos y para los demás– si el inconsciente lo organiza según sus leyes y constituye así un discurso. Como estas leyes son las mismas en todas las ocasiones en que el inconsciente ejerce su actividad y por todos los individuos, el problema planteado en el párrafo precedente puede resolverse en forma sencilla. El vocabulario importa menos que la estructura. Ya sea el mito recreado por el sujeto o sacado de la tradición, de estas fuentes, individual o colectiva (entre las cuales se producen constantemente interpretaciones e intercambios), el inconsciente solamente extrae el material de imágenes sobre el cual opera, pero la estructura es siempre la misma, y por ella se cumple la función simbólica.

Lévi-Strauss supera en este texto algo más que el punto de vista tópico del psicoanálisis. La novedad de *La eficacia simbólica* desborda el marco estructuralista en el que pretendió trabajar siempre, en un movimiento de avance marcado por el cuestionamiento que de él hará más tarde.

Si el inconsciente es aquí definido por su función, la imposición de la ley simbólica a los *elementos extraños* que lo atraviesan, representaciones de experiencias, **la estructura no es ya sólo la propia del lenguaje sino, necesariamente, la de un mito en forma de relato.**

La estructura simbólica que informa los desparramados datos de experiencia con un punto de origen y clausura, direccionalidad y sentido, ha de proceder necesariamente del relato.

La ley simbólica que se impone en el ejercicio de la función simbólica partirá pues de **un relato nuclear, siempre el mismo, un mito originario capaz de estructurar nuevos datos de experiencia.**

En relación a la genial aportación de Jakobson, la teoría supone un avance porque la función simbólica, realizada mediante las operaciones de contigüidad y semejanza, no se cumple sin la referencia a un sujeto narrativo cuyo deseo rige la estructura.

Un sujeto del deseo que es el punto de anclaje en cada acto particular de lenguaje, del que dependerá la coherencia, unidad y clausura de las cadenas de sustitución y desplazamiento, y que sólo puede ser producto de un relato.

Así concebido el inconsciente, la terapéutica psicoanalítica formaría parte, afirma Lévi-Strauss, de un método más amplio y fundamental definido por la relación entre la subjetividad y el mito originario, ya sea éste individual o colectivo; o lo que es lo mismo, por la relación entre la productividad subjetiva y el relato a través del cual operan las leyes que hacen posible la función simbólica.

...la terapéutica psicoanalítica, es solo una modalidad (cuyo valor y resultados no son despreciables) de un método más fundamental, que debe definirse sin tomar en cuenta el origen individual o colectivo del mito. Porque la 'forma' mítica prevalece sobre el 'contenido' del relato. Esto es al menos lo que hemos creído aprender del análisis de un texto indígena. Pero, en otro sentido, es bien sabido que el mito es una búsqueda del tiempo perdido. Esta forma moderna de la técnica shamanística que es el psicoanálisis extrae, pues, sus caracteres particulares del hecho de que, en la civilización mecánica, únicamente hay lugar para el tiempo mítico en el hombre mismo. De esta comprobación el psicoanálisis puede recoger una confirmación de su validez, a la vez que la esperanza de profundizar sus bases teóricas y de comprender mejor el mecanismo de su eficacia, por una confrontación de sus métodos y sus objetivos con los de sus grandes predecesores: los shamanes y los hechiceros.

Lo curativo, así entendido el proceso de simbolización, sería la reintroducción del mito fundador, un relato originario transmitido de subjetividad a subjetividad; un mito que resuena y se transmite también mediante producciones culturales de distinto tipo y que puede ser recreado por medio de la ritualidad del grupo.

Un único mito entonces, en el sentido de una misma estructura, que cumpliendo su función uno por uno, en cada inconsciente particular, adquiere finalmente un carácter colectivo, universal.

Referencias

BATESON, G., JACKSON, D., HALEY, J. y WEAKLAND, J.H. (1964) «Hacia una teoría de la esquizofrenia» en *Family Interaction*. Trad. 1971 *Interacción Familiar*. Editorial Tiempo Contemporáneo: Buenos Aires.

FREUD, S. 1914-[1919] "Historia de una neurosis infantil (caso del «hombre de los lobos»)" En *Obras Completas*. Amorrortu (1976): Buenos Aires - Madrid. Biblioteca Nueva (1972): Madrid.

_ 1910/11 «Observaciones Psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia Paranoides) Autobiográficamente descrito (Caso Schreber)"

_ 1919 "Pegan a un niño"

_ 1919/1920 "Más allá del Principio del Placer"

_ 1927 «El Fetichismo»

ELIADE, Mircea (1963) *Aspects du Mythe*. Harper and Rowe: Nueva York. Traducción Luis Gil, 1968, *Mito y Realidad*. Labor: Barcelona.

GARDINER, Muriel Ed (1971) *The Wolf-Man by the Wolf-Man*. Basic Books: Nueva York. Traducción 1979 *El Hombre de los Lobos por el Hombre de los Lobos*. Colección Los casos de Sigmund Freud. Dirigida por Oscar Masotta y Jorge Jinkis. Nueva Visión: Buenos Aires.

GONZÁLEZ REQUENA, J. (2004) «Du fantasma à la scène primordiale: Alfred Hitchcock», ponencia presentada en el Congreso Analyse Freudienne, *Nouvelles écritures du fantasme*, Hôpital Sainte Anne, Paris, 8/10/2004.

JONES, E. (1960) *Life and Work of Sigmund Freud*. Vol II (1901-1919) Basic Books. Trad. 1960, Asociación Psicoanalítica Argentina (1976) Ediciones Hormé: Buenos Aires.

LÉVI-STRAUSS, Claude (1958) «L'efficacité symbolique», en: *Anthropologie structurale*, V. I, Plon: Paris. pp 205 226; Traducción 1958, *Antropología Estructural*. "La Eficacia Simbólica. La cura shamánica en la cultura Cuna (Panamá y Colombia)" Editorial Eudeba: Buenos Aires pp. 168 185

JAKOBSON, Roman y HALLE, Morris (1956) *Fundamentals of Language*, Mouton & Co, 'S-Gravenhagu, La Haya. Traducción al francés en los

Essais de linguistique générale: 1. Les fondations du langage, Les Éditions de Minuit: Paris, 1963, pp. 103-149. En español fue traducido por Carlos Piera como *Fundamentos del lenguaje*, y publicado en 2ª edición por la editorial Ayuso, Madrid, 1973. Parte II: Dos Aspectos del Lenguaje y dos tipos de afasias: «El carácter doble del lenguaje» “El trastorno de la semejanza” “El trastorno de la contigüidad” Cap. II, III y IV. Citado por Jacques Lacan en *Écrits*.